

DISCURSO DE BIENVENIDA AL MAESTRO CARLOS OROZCO ROMERO

POR: IDA RODRÍGUEZ PRAMPOLINI

Inútil fue que en repetidas ocasiones los miembros de la Academia pidiéramos a Carlos Orozco Romero que hiciera el discurso habitual de ingreso a esta Institución.

Don Carlos, con humildad y poca valoración de su experiencia y de sus dotes de gran conversador se negó siempre, diciendo: "Yo no sé hablar".

Ciertamente no es ese su oficio pero todos los que lo conocemos sabemos cuán valioso hubiera sido oír, por boca de uno de los autores del arte mexicano, su interpretación de la historia del arte del país, especialmente del momento crucial que le tocó vivir. Pero ya que el maestro nos ha privado de este placer y de este conocimiento me ha tocado a mí el honor de hacer su presentación y recibirlo formalmente en esta Academia que, desde hace ya tiempo, se honra con su presencia.

A mi juicio, la obra y la personalidad del maestro Orozco Romero ha sido injustamente tratada tanto por la crítica y la historia del arte como por las instituciones gubernamentales ligadas con la política cultura que no han valorado ni premiado, con justicia, a este artista.

Cuando como en este caso, la calidad de la obra se alza por encima de la fama y el reconocimiento, es necesario buscar las causas de éste, seguramente, no intencionado olvido.

No quiero decir con esto que Carlos Orozco Romero sea alguien que pasa inadvertido en el panorama de la historia del arte mexicano puesto que no hay libro que se ocupe de este tema en el que no esté incluido. Sino quiero afirmar que la crítica que se ha hecho sobre él, el número de exposiciones individuales y la fama internacional del artista son muy inferiores, a la creación pictórica que realizó.

Cuando muchos artistas jóvenes llevan docenas de exposiciones individuales, Orozco Romero ha realizado únicamente 9 y el resto son participaciones colectivas. Existe sobre él una pequeña monografía de Margarita Nelken. y el resto son artículos o menciones honrosas en varios libros pero que, de ninguna manera, hacen justicia al pintor.

Nacer en México en 1898, no ser muralista por temperamento o circunstancias y no dedicar gran parte de la vida a hacerse autopromoción, es sin duda, una desventaja.

Orozco Romero pertenece a una generación de artistas que necesitaría una investigación y estudio por parte de la crítica ya que la labor callada de un pintor de caballete, en las primeras décadas del siglo, no ha podido competir con el interés que ha despertado la corriente muralista. Nuestro artista tiene, por edad, una posición intermedia entre la primera generación de muralistas: Roberto Montenegro, José C. Orozco y Diego Rivera entre otros y la segunda generación de muralistas dos de cuyos más connotados repre-

sentantes Juan O'Gorman y Jorge González Camarena integran la sección de pintura a la que ingresa hoy Carlos Orozco Romero.

Este artista no tuvo ocasión propicia para demostrarnos sus capacidades de muralista. Las circunstancias políticas que repercutieron en la esfera del arte, en el momento en que hubiera podido hacerlo no abrieron a la generación intermedia las posibilidades que tuvieron los nacidos en la década de los 80s ni los nacidos en este siglo. Sin embargo, en 1923, Orozco Romero comenzó a pintar un mural para el Museo de Guadalajara que no llegó a concluir y que fue destruido al ser reformado el edificio.

En 1921, año en que nos dice Clemente Orozco en su autobiografía, los artistas se encontraron "*con la mesa puesta*". Orozco Romero está en Europa becado por el gobierno de Jalisco, participa en una exposición en el Salón de Otoño de Madrid y tiene apenas 33 años.

En 1924 comienza la campaña de desprestigio y mutilación física de los primeros murales; se suspenden los presupuestos de Educación, mientras se incrementan los de guerra ante la necesidad de combatir la rebelión cristera. El grupo muralista se disuelve y queda casi exclusivamente Diego Rivera como pintor del callismo.

Es decir, el momento en que Orozco Romero hubiera podido integrarse al movimiento muralista era adverso para los jóvenes artistas del país: años más tarde, cuando las condiciones volvieron a ser favorables, el pintor había encontrado su camino, y su tarea va a complementar las intenciones artísticas del descubrimiento de la identidad nacional por vías distintas a las del arte público pero no por eso menos importantes y necesarias.

Como ha señalado atinadamente Margarita Nelken, autora de la monografía del maestro, haber nacido en la ciudad de Guadalajara adelanta la formación de un artista puesto que la capital jalisciense era en esos años, un lugar privilegiado en las artes y un centro de inquietud cultural. Orozco Romero en su ciudad natal descubre, en la adolescencia, su vocación artística. Fuera de unas cuantas personalidades de provincia que supieron descubrir sus aptitudes plásticas y lo alentaron en su decisión, su formación la debe a su tenacidad, dedicación y talento.

La primera tarea notoria de Orozco Romero anterior a 1924 es su obra satírica que expresa por medio de un atinado dibujo caricaturizado mismo que al trasladarse a la ciudad de México sustituye muy pronto en las páginas de *El Herald de México* a las caricaturas de José Clemente Orozco. Poco tiempo después sus colaboraciones son solicitadas por la prensa capitalina. Colaborar así en *Excelsior*, *El Universal*, *El Universal Ilustrado*, *Revista de Revistas* y otras publicaciones. El seudónimo Karicato se populariza entre el público mexicano.

Por esos años también practica el grabado y edita, en 1925, un libro con *Los pequeños grabados en madera*, fruto de la organización de un grupo de grabadores que él promueve.

A su regreso de Europa se establece por un tiempo en Guadalajara y ahí entabla una relación importante para su trayectoria futura, la amistad con el artista peruano José Sabogal. Sabogal va a representar, a la vuelta a su país, lo que Orozco Romero significa en el nuestro: la visión continuadora y moderna de la producción nacional, la asimilación de un pasado propio y la integración y depuración de una línea artística absolutamente auténtica.

Su trabajo no lo restringe, sin embargo, a su realización personal como artista sino que interviene, de manera decisiva, en la formación del contexto cultural del país. Junto con Carlos Mérida funda la primera galería oficial en el Palacio de Bellas Artes, en 1931. Un año después crean la Escuela de Danza de INBAL y por varios años edita, también en compañía de Mérida, algunas revistas importantes para la cultura local. Ocupa también

algunos cargos públicos como el de Inspector de Artes Plásticas (1928) y el de director del Museo de Arte Moderno del INBAL, puesto que desempeña por varios años.

Su labor como maestro queda destacada por la notoriedad de los alumnos que ha formado: Pedro y Rafael Coronel, Benito Messeguer, Navarro, Mario Orozco Rivera, Francisco Corzos, Héctor Cruz y muchos más.

Los caminos que se les presentaron a los artistas posrevolucionarios de México en las primeras décadas fueron señalados por el carácter de herederos y difusores de los principios de la revolución. Descubrir para el pueblo y hacer comprensibles los postulados del impulso revolucionario era encontrar el ser nacional en el proceso de lucha social. El encuentro de Orozco Romero es, en definitiva, el mismo, pero el camino, la manera, es distinta.

Orozco Romero parte de una visión que integra, en el proceso del arte, la creación artística prehispánica popular en el más digno y valioso sentido del término popular. No va a interrumpir la producción creadora para unirse a la urgencia de un mensaje de contenido revolucionario, una de las tareas que se presentaban al artista, sino que va a depurar y enriquecer, con una visión cargada de cultura y sabiduría plástica, las raíces nacionales del arte.

El sentido mexicano de sus paisajes y sus figuras nada tiene que ver con los héroes, la historia, la lección patria o el discurso revolucionario y sin embargo se entronca en este árbol. En su obra no se advierte el conocimiento del proceso cultural del arte europeo, al que conoce y ha asimilado desde su condición de artista primeramente mexicano.

Si Tamayo, un artista un año menor que él, parte en su trabajo de un aprendizaje de la sintaxis plástica europea y le injerta mexicanidad, Orozco Romero actúa a la inversa; no necesita de las fórmulas de la cultura dominante para descubrir su propio idioma. Esto, desgraciadamente, es un valor poco apreciado dentro del círculo de motivaciones de mercado-éxito en que ha caído también la producción artística de México desde hace varias décadas. No sucumbir a la tentación de "las vanguardias" de los centros de poder artístico y no concebir la obra propia como una mercancía es estar condenado al silencio y a la incompreensión. Esta es otra de las razones que explican la injusticia que se ha cometido con la obra de este artista y de otros de su generación.

La pintura de Orozco Romero no es una pintura de alardes formalistas y fáciles apreciaciones. Es una pintura, por el contrario, que retará al tiempo y a los falsos modernismos hoy en boga. El dibujo con el que delimita el volumen de sus figuras, siempre escultóricas, es consecuencia de su comprensión de la plástica indígena. Las deformaciones en planos geométricos no son herencia cubista sino transposición, cargada de cultura y conocimiento, de las figuras de cartón de los judas con alma de carrizo. Las máscaras recurrentes se integran en el rostro con la naturalidad de un rito practicado por muchos siglos. El color estridente y poderoso de las manifestaciones de nuestro pueblo es manejado con tal sabiduría que queda recuperado, valorado e integrado al proceso de depuración del gusto mexicano.

Por último, existe en la obra toda de Orozco Romero la fuente de la fantasía del pueblo mexicano que, sin necesidad de programas y tesis surrealistas vive cotidianamente y en asombrosa síntesis la realidad y la irrealidad, el mundo de lo imposible no enajenado sino hecho carne y sustancia.

Cuando Orozco Romero se excusaba diciéndose "yo no sé hablar" lo que quería hacer patente, en el fondo, era su imposibilidad de emitir un relato racional y metódico porque como lo ha demostrado en su pintura su hablar no es un discurso inteligible y obviamente formulado; tampoco es un símbolo entendible y menos una metáfora desentrañable por medio de la inteligencia. La emisión de su mensaje va más allá de la palabra que nombra y aclara el concepto. La poesía plástica de Orozco Romero remite a las fuentes

mismas del inconsciente colectivo donde el color de la piel, el expresionismo de la figura, la soledad de un destino trágico y desamparado, la impasibilidad de un rostro, el hechizo de una actitud, la lejanía deshabitada de un paisaje, la dependencia de los hilos del destino, nos unen a todos los que amamos y nos sentimos parte de la comunidad entrañable que es México.

El ingreso de Carlos Orozco Romero a esta Academia es no sólo un triunfo para él y para nosotros si no un acto de justicia para lo que representa en el arte de nuestro país. La Academia ha propuesto su nombre como candidato a Premio Nacional de Artes que sin duda merece.

Doy en nombre de mis compañeros académicos la bienvenida de Carlos Orozco Romero a la Academia de Artes.

POR: IDA RODRÍGUEZ PRAMPOLINI

20 de Octubre de 1977